

una suya dada el año de 1612, dice: «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer que la santísima Virgen con su continua intercesión, méritos y protección especial, ayudará después de la muerte, y principalmente el día del sábado (que la Iglesia le consagra) las almas de los hermanos de las cofradías del Carmen que hayan salido de este mundo en gracia de Dios, habiendo vestido su escapulario, guardado castidad conforme al estado de cada uno, y rezado el Oficio parvo de la misma Virgen, ó que, de no haber podido, hayan observado á lo menos los ayunos de la Iglesia y absteniéndose los miércoles de comer carne, menos el día de Navidad». Y en el oficio de la misma fiesta del Carmen se dice que, «según la piadosa creencia de los fieles, la Virgen, con afecto de Madre, consuela y saca muy pronto de aquella penosa cárcel á los que estuvieron agregados á su cofradía».

Pues siendo esto así, ¿cómo no han de amar, y mucho, las almas del purgatorio á su dulcísima Madre é insigne bienhechora?



IV

María amada de la Iglesia militante.
Los enemigos de la Virgen.

Las palabras de la Virgen á su prima Santa Isabel: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (1), se han cumplido exactamente. María vive en la Iglesia. Desde el oca-so á la aurora, de septentrión al mediodía, acuden nuevos hijos á cobijarse bajo su manto salvador: no hay uno solo de cuantos sirven á Jesucristo que no la ame é invoque; porque todos saben muy bien que esta es la voluntad de Dios, y no honra al Hijo quien no respeta á la Madre.

La Iglesia docente, maestra infalible de la verdad, ha compuesto en su honor bellisimas plegarias, que exhalan el fragante aroma de los cielos, y ha recogido en las Letanias y en la

(1) Luc., 1, 48.

Salve, que es el himno de la esperanza, los títulos más gloriosos de la Madre de Dios, consoladora de los afligidos, auxilio de los cristianos. Tres veces al día resuenan las campanas desde las altas torres de los templos convidando á los fieles con su vibrante voz á saludar á la Reina de los cielos y á repetir la enhorabuena del ángel. Durante el año no deja pasar mes alguno sin dedicarle algún día, destinado especialmente á celebrar sus misterios; conságrale el mes más poético de todos, el mes de las flores, y cada semana el día en que se terminan las tareas y precede al descanso dominical, el día alegre del sábado. ¿Quién es capaz de contar los templos y altares que ha erigido en su honor? ¿Las Asociaciones, Ordenes y familias religiosas y comunidades que ha puesto bajo su tutela? ¿Las fiestas y advocaciones con que la honra? ¿La presteza y confianza con que acude á su valioso patrocinio, como quien sabe que María es la capitana de los ejércitos de Dios, la torre de David, de la cual penden innumerables escudos, el te-

rior del infierno y la debeladora de todas las herejías? (1).

Y ¿qué decir del pueblo cristiano? Poderosos y desvalidos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, ¿no acuden á María como á su protectora y amparo? ¿No la han aclamado naciones enteras por su Reina y patrona? ¿No aparece su imagen en muchos escudos y blasones nobiliarios? ¿Cuántas obras, desde el volumen in folio hasta la volante hoja de papel, no se han escrito y escriben diariamente explicando sus prerrogativas y difundiendo sus alabanzas? ¿Con qué expresiones de cariño no la saludan? ¿Qué gozo no reciben de considerar sus grandezas? ¿A qué arranques piadosos no los arrebatara el afecto? ¿Cómo trocaran con ella su condición, si ellos fueran inmortales y María mortal, si ellos ricos y María pobre! Si Dios les propusiese (lo que es absurdo) ser madre de Dios, no lo quisieran ser ellos para que lo fuese María... ¿Y las ar-

(1) *Cunctas haereses interemisti in universo mundo.*—Eccles.

tes? ¡Ah, las artes!—dice un piadoso sacerdote y apologista católico—«desde el Dante, que en su poema coloca á María en la región superior del paraíso, alegrando con su sonrisa á los coros celestiales, hasta las coplas populares que con tan agraciados conceptos la han festejado, ¿qué lira clásica ó popular no ha vibrado por María? Desde las informes pinturas de las catacumbas, desde las toscas esculturas bizantinas hasta la inspiración de Rafael y de Murillo, el pintor de la célebre Concepción, ¿qué pinceles y buriles no han trabajado con amor en la dulce tarea de reproducir su hermosísima figura? Desde las magníficas catedrales de las ciudades hasta las humildes capillas de las aldeas, desde los suntuosos monasterios hasta las modestas ermitas, que esbeltas coronan las colinas, ó se esconden misteriosas entre la frondosa espesura de los valles, ¿qué templos no han resonado con sus alabanzas? Desde las sublimes estancias del *Stabat* de Rossini hasta el poético *Dulcísima Virgen* de nuestros Mayos, ¿qué genio de

la música no se ha inspirado en sus glorias ó en sus dolores?» (1).

Además, ¿qué edad, qué condición ó estado de la vida no se ha consagrado á la Reina del cielo y dulce Madre de los hombres? A los pocos días de haber nacido, son en muchas partes llevados en brazos los tiernecitos niños al templo y puestos en la peana del altar de la Reina de los Angeles, para que los tome por suyos y les dispense desde la infancia su decidida protección. De muchos se puede decir que maman con la leche la piedad y devoción á María; y cuando más tarde, desarrollado ya el uso de la razón sienten el primer despertar ó rugir de las pasiones, á ella corren presurosos en demanda de auxilio y fortaleza. ¡De qué dulces escenas son mudos testigos las paredes del templo y el frío mármol de los altares dedicados á María! ¡Cuántas lágrimas han visto correr! ¡Qué votos se han hecho ante sus aras! ¡Y cuántos también han sa-

(1) Sardá y Salvany, *Lecciones de teología popular*, VII. *El culto de María*.

lido de allí, vestido el santo escapulario, para lanzarse á la inmensidad de los mares y desafiar las tormentas, ó volar al campo de batalla en defensa de la religión y de la patria!

Al pie de los altares de María ha bendecido el ministro de Dios á los que se unían con el indisoluble vínculo del santo matrimonio, y ha implorado para los contrayentes las bendiciones del cielo y la prosperidad y dicha de la tierra. Al pie de estos mismos altares han rogado cien veces las madres y esposas por sus hijos ó maridos ausentes; y las alhajas y exvotos publican á la faz del mundo que han sido escuchados los ruegos de los que imploraron la vuelta ó la salud de las personas queridas.

¿Qué resta, pues, sino que perseveremos en nuestra constante y filial devoción á María santísima, que crezcamos cada día más en ella, y que nuestro amor y devoción reunan los caracteres de veracidad y solidez que nos hagan acreedores á las promesas y gracias otorgadas en favor de los verdaderos devotos de María? ¿Qué resta

sino que, no contentos con amarla y venerarla nosotros, procuremos también que otros la amen y veneren, sin hacer caso de las insulsas diatribas de unos, de la supina ignorancia de otros, ni del odio inveterado que los enemigos de María le profesan?

¡Ah! ¡los enemigos de María! ¡También esta Reina de bondad y Madre dulcísima de misericordia los tiene! ¡También hay quien arroja envenenadas flechas contra la augusta Señora, de cuyo seno brotó la clemencia! De los enemigos de María unos lo son *por ignorancia*, otros *por malicia*. Por ignorancia, porque no conocen á la Virgen, ni saben qué clase de culto le tributa la Iglesia. Hablan de lo que ignoran. Creen falsamente que los católicos adoramos á María como á diosa ó poco menos; lo cual es un absurdo groserísimo que ningún buen católico ha soñado. Veneramos, sí, y honramos con devoto afecto á María, como á la criatura más pura y perfecta que ha salido de las manos de Dios, como al súbdito más leal y obediente á su Rey, y á quien el mismo Rey y Dios ha hon-

rado y ennoblecido sobre todas las criaturas y ha querido también que fuese más que todos honrada y venerada.

Ni la honra y veneración que tributamos á la Madre, eclipsa ó menoscaba la adoración que se debe al Hijo, ni el amor á María es desamor á Jesús. ¿Desdora, acaso, al rey de la tierra quien para obtener una gracia se vale de la intercesión de la madre ó de la esposa del rey? ¿O sirve menos al monarca el vasallo leal que por su orden está al servicio del príncipe heredero? ¿No ceden en honra de Jesucristo las oraciones que la Iglesia dirige á María? ¿Quién más amante de Jesús que los amantes de la Virgen? Que hablen las historias de los santos. Desafiamos á los enemigos de María que presenten tantos y tan esclarecidos amadores de Cristo, que hayan llevado su amor hasta el heroísmo, como lo han llevado los amantes verdaderos de nuestra Señora. ¿Qué han de presentar? Nunca amaré al Hijo quien se precia de aborrecer y deshonrar á la Madre. En este punto la

máxima católica es *ad Jesum per Mariam: á Jesús por medio de María.*

Pero otros enemigos tiene María, á quienes no mueve la ignorancia, sino la *malicia* y aversión que les inspira el infierno. Odia Lucifer á la Madre, porque aborrece también al Hijo; y envuelve en su odio común á entrambos, porque quebrantaron ellos su cabeza y van de día en día repoblando los tronos del Empireo, que él y los suyos dejaron vacíos. Seis mil años han pasado, y hoy como el primer día se revuelve feroz contra el misterio de un Dios hecho hombre y de una Virgen sin mancilla, que lo concibe y da á luz.

Y ese odio de sesenta siglos contra el augusto misterio que levanta al hombre en la persona de Jesucristo sobre la naturaleza angélica, aparece hoy vivo y ardiente en las herejías modernas, como apareció en las antiguas; porque en el fondo de todos los errores y herejías referentes á Jesucristo que ha habido en el mundo, se encuentra el odio de la antigua serpiente contra el dogma de la mater-

nidad divina (1). Estas herejías no son sino rugidos de Lucifer, herido á la vez por la planta virginal de María y el báculo de la cruz. Y eso es también en resumidas cuentas, si bien lo consideramos, el moderno *satanismo*. ¿Y quién no ve por ahí la trascendental importancia de ser devotos de María?

Rodblemos, pues, nuestro fervor en el culto y servicio de nuestra Señora. Es uno de los más eficaces medios de combatir los errores de nuestros días y alcanzar brillantes victorias (2).

(1) Combalot, *Grandezas de la Virgen*, Conferencia 3.^a—(2) Véase el opúsculo 156 del APOSTOLADO DE LA PRENSA: *La Inmaculada y los errores modernos*.



V

Cuál debe ser nuestro amor á María.

1. Nuestro amor á la Santísima Virgen ha de ser, ante todo, *amor filial*. Esto es lo primero que se deriva de nuestra cualidad de hijos de esta excelsa Señora, dada á nosotros por Madre de la manera más solemne desde el sangriento árbol de la cruz. Pero este amor filial importa á la vez *respeto y obediencia* á nuestra querida Madre. ¿Quién ama á la suya, que no la reverencie y obedezca? Nada más puesto en razón.

Este *respeto* hará que hablemos siempre bien de Ella, que la saludemos al pasar por delante de sus imágenes, por lo menos interiormente, si lo advertimos, que oigamos con gusto sus alabanzas y la honremos pública y privadamente, rezándole cada día nuestras devociones y, siempre que podamos, el santísimo rosario. ¡Ah!

¿Qué buen hijo, si puede, dejará pasar mucho tiempo sin saludar ó dirigir la palabra á su madre, sin verla ó visitarla?

Este amor respetuoso hará también, no sólo que nunca digamos palabras ofensivas á nuestra Señora, mas que asimismo procuremos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, que ninguno las diga. ¿Qué buen hijo sufriría que deshonrasen á su Madre? Por esto los buenos hijos de María, que en viajes ó en otras partes tienen que callar para no promover mayor escándalo y ser ocasión de que se cometan más pecados, al oír ciertas bocas del infierno, soeces y mal habladas, reparan las blasfemias contra Dios y la Virgen con interiores alabanzas, y procuran, ya que no reprender al impío ó asqueroso blasfemo, desarmar la cólera celeste, indignada contra el procaz y sucio gusano de la tierra.

La *obediencia*, nacida de este mismo amor filial, hará que seamos dóciles á las inspiraciones que nuestra buena Madre nos envíe por medio de los santos ángeles, que están á sus órde-

nes, ó por el dictamen y remordimiento de nuestra conciencia. No contristemos á María, ni mucho menos la ofendamos á sabiendas. Si oímos su voz y seguimos sus consejos, todo nos saldrá bien. «Observa, hijo mío—nos dice ella,—los preceptos de tu Padre, y no abandones la ley ó los documentos de tu Madre: tenlos siempre grabados en tu corazón, y sirvante como de collar precioso. Cuando caminares vayan contigo, guárdente cuando durmieres, y en despertando conversa con ellos; pues el mandamiento de tu Padre es á manera de antorcha, y la ley ó instrucciones de tu Madre como una luz, y la corrección que conserva á los jóvenes en la disciplina es el camino de la vida» (1).

2. En segundo lugar, nuestro amor á la Virgen Santísima ha de ser *tierno* y *confiado*. ¿Qué hijo no siente ternura y confianza hacia su madre? ¿Quién la merece mejor que ella? ¿Quién sabe compadecerse de las debilidades y flaquezas de los hijos con más ter-

(1) Proverb. vi, 20-23.

nura que las Madres? ¿Y quién más Madre que María?

Los santos nos dan ejemplo de este amor tiernísimo hacia María con expresiones tales, que si ellos no las diesen casi no nos atreveríamos á usarlas. Por ellas principalmente se apellida á San Bernardo el doctor meliflúo. Pero no es él sólo quien se vale de semejantes modos de decir que respiran la más filial ternura y confianza. Oigamos por vía de muestra á San Anselmo, Obispo lucense, que dirigiéndose á la Virgen, le dice, entre otras regaladas expresiones de cariño: «¡Oh dulce Señora, cuyo solo recuerdo endulza el corazón, cuya grandeza bien meditada levanta el espíritu, cuya hermosura recrea la vista interior y cuya inmensa amabilidad embriaga el alma que la considera! ¡Oh Señora, que robas los corazones con tu dulzura! ¡Y ahora me robaste el mío, y no sé dónde lo pusiste para que lo pueda encontrar! ¿Por ventura lo escondiste en tu seno, para que hallándole allí me encuentre también á mí mismo? ¿O lo colocaste entre tus pe-

chos? Tal vez allí lo pusiste para que, pues se había resfriado en tu amor, abrasado en nuevas llamas no pueda ya separarse de ti. ¡Oh robadora de corazones! ¿Cuándo me devolverás el mío? ¿Por qué arrebatas así los corazones de los sencillos? ¿Por qué haces violencia, ó más bien benevolencia, á los amigos? ¿Por ventura quieres quedarte con él? Cuando te lo pido me sonries, y al punto descanso, adormecido con tu dulcedumbre; vuelvo después en mí, y al pedirte lo otra vez me abrazas, oh dulcísima, y quedo embriagado en tu amor. Ahora ya no distingo mi corazón del tuyo, y no sé pedirte otra cosa sino tu mismo corazón... ¡Ah! Guarda el mío, consérvalo en la sangre del Cordero, ponlo en el costado de tu Hijo, á fin de que sienta sólo lo que tú sientes, sólo ame lo que tú amas, no viva en la tierra, sino en el cielo contigo» (1).

Esta confianza filial, de que vamos tratando, debe ser además *firme* y *universal*, de suerte que nada sea capaz

(1) *Medit. in antiph. Salve Regina.*

de enflaquecerla, y al propio tiempo se extienda á todas las eventualidades y tropiezos de la vida. Nada, ni las cosas prósperas ó adversas que nos sobrevengan, ni la malicia de los hombres ó de los demonios, ni nuestras propias caídas, por graves ó vergonzosas que sean, ni las mismas pruebas de Dios, á que según su beneplácito se digne someternos, deben ser parte para entibiar nuestra inquebrantable confianza en nuestra bondadosa Madre, María. Especialmente debemos recurrir á ella, como los niños corren al regazo de su madre cuando se ven acosados por enemigo más poderoso, en las ocasiones siguientes:

PRIMERA, cuando nos asalta la tentación. María es el terror del infierno. Y nada sienten tanto los demonios como verse vencidos y arrollados por el poder de María. Al fin, ella fué la que aplastó la cabeza del dragón infernal; y esa derrota y la herida mortal que entonces recibió le llena de confusión, y quiere desahogar en nosotros su rabia, ya que contra la Virgen es impotente. Y por eso mismo,

María que ve que el infierno pretende vengar en nosotros el daño que Ella le hizo, vuela presurosa en nuestro auxilio siempre que la invocamos. Sigamos, pues, el consejo de San Bernardo. «¡Oh tú, cualquiera que seas, que te crees fluctuar con grande riesgo entre los huracanes y tempestades de este siglo, más bien que andar á pie firme sobre la tierra! no apartes tus ojos del esplendor de esta Estrella, si no quieres morir entre borrascas. Si se enfurecen los vientos de las tentaciones, si tropiezas en escollos de adversidades, vuelve los ojos á esta Estrella, invoca á María. Si te mirares impelido fuertemente por las olas de la soberbia, de la ambición, de la detracción ó envidia, vuelve los ojos á la Estrella, invoca á María.

Si la ira ó avaricia, ó el estímulo de la carne agitare la navecilla del alma, vuelve los ojos á María. Si turbado por la enormidad de los crímenes, confuso por la fealdad de la conciencia, aterrado por el horror del juicio futuro, comienzas á ser sepultado ó como absorbido en el bártaro de

la tristeza, en el abismo de la desesperación, acuérdate de María. En los peligros, en las angustias, en las complejidades de la vida, piensa en María, á María invoca. No se aparte de tus labios, no se aparte de tu corazón; y para lograr el favor de sus plegarias, no ceses de seguir el ejemplo de su vida. Siguiéndola, no te extravías; llámándola, no desesperas; acordándote de Ella, no yerras; si ella te sostiene, no caes; si te protege, no hay por qué temas; si encamina tus pasos, no te fatigas, y con su favor llegas á la eterna felicidad» (1).

SEGUNDA. La segunda ocasión en que hemos de recurrir especialmente á María, ha de ser cuando se trata de la elección de estado, ya propia, ya de aquellos que dependen de nosotros. Este es un negocio de suma importancia, íntimamente ligado con la eterna salvación y aun con la felicidad y dicha temporales. Muchos se condenan ó viven vida infeliz, porque erraron en este punto, y siguiendo el ímpetu

(1) Hom. II, *super Missus est*.

de la pasión ó el egoísmo de la naturaleza, no tomaron á María por Madre y consejera.

TERCERA. Hemos de recurrir en tercer lugar al patrocinio de María, siempre que nos asalte la enfermedad ó nos veamos en peligro de muerte. ¡Ah! en este último trance, sobre todo, nos hemos de acordar de María y llamar muy de corazón á las puertas de su maternal misericordia, recordándole de una parte lo mucho que nos ama y padeció por nosotros al pie de la cruz, y por otra los años de nuestra infancia y el amor que le teníamos cuando niños, para que nos alcance perfecta contrición de las culpas y extravíos que cometimos después. Invoquemosla, si no podemos con los labios, con gemidos del corazón; pidamos á tiempo los santos sacramentos, que es error muy perjudicial guardar cosas tan importantes para cuando uno ya no sabe lo que se hace; roguemos que nos repitan con frecuencia los dulcísimos nombres de Jesús y María; besemos con filial cariño su imagen y escapulario, y las cuentas del rosa-

rio, objetos para nosotros de más estima que rico collar de perlas y brazaletes de oro, y... muramos, en fin, con la muerte de los justos que mueren en el Señor, cerrando los ojos á la luz de este mundo para abrirlos en la risueña alborada del día de la gloria. ¡Oh, dichoso el que muere besando la imagen de María ó pronunciando su dulcísimo nombre!

Mas para que ese recurso filial y lleno de confianza á la santísima Virgen nos sea fácil y familiar, acostumbremos á invocarla continuamente, á comunicar con ella los secretos de nuestra alma, los pesares y alegrías que experimentemos, los planes que concibamos; sea, en una palabra, María, nuestra Madre y confidente.

3. Por último, sea nuestro amor [á María *práctico y operativo*; amor más de obras que de palabras. Algunos ejercicios prácticos hemos insinuado ya; aquí sólo diremos que este amor ha de abrazar dos partes; es á saber: evitar lo malo y ejecutar lo bueno; evitar faltas y pecados y hacer obras buenas. Los límites de este escrito no

nos permiten descender á muchas particularidades: tampoco es muy necesario, porque, gracias á Dios, no faltan obras excelentes que tratan de la materia, ni dejamos de ser buenos por falta de conocimiento, sino porque no nos aplicamos de veras á serlo. ¿Quién no sería muy bueno y santo si hiciese lo que conoce ser agradable á la Virgen?

Pues sea esta la regla que nos dirija en nuestras acciones: antes de hacer ú omitir alguna obra, preguntémos: esta acción ú omisión, ¿agradará á mi dulcísima Madre María? ¿Gustará ó no la Virgen de que yo lea este libro, de que vaya á tal reunión, de que me ocupe en esto ó aquello? ¿Le gustará? Pues voy, lo hago. — ¿No le gustará? Pues lo dejo.

Esta regla, eminentemente práctica, vale por muchas.

Fuera de esto, los santos recomiendan á los devotos de María varias prácticas piadosas de reconocida utilidad. He aquí los obsequios que aconseja se hagan San Alfonso María de Ligorio:

1. Rezar con frecuencia el Ave María.
2. Celebrar las festividades de la Virgen, preparándose para ellas con algún triduo ó novena.
3. Rezar diariamente el santo rosario ó el Oficio parvo.
4. Ayunar el sábado ó la víspera de sus fiestas.
5. Visitar sus sagradas imágenes.
6. Llevar el santo escapulario.
7. Agregarse á alguna de las congregaciones, cofradías ó hermandades de la Virgen.
8. Dar limosna en su obsequio.
9. Acudir con frecuencia á María.
10. Y otros, como decir Misa ó mandarla decir en honra suya, invocar la protección de los santos más allegados á la Virgen, leer cada día en algún libro que trate de sus excelencias y prerrogativas, predicar ó exhortar á otros á su devoción, rogar todos los días por los vivos y difuntos más devotos suyos, rezar el *Angelus*, etc.

Pero no olvidemos que lo más subido, y como la flor hermosísima de la devoción á María, señal inequívoca

de cuanto la amamos, consiste en dos cosas juntas: en acordarnos de ella casi continuamente y en imitar sus virtudes. La memoria frecuente es indicio de amor, y la imitación pone su sello. ¡Oh! Amemos á María y seremos felices. Amemos á María, y con su amor vendrán á nuestra alma todos los bienes (1).

(1) *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* Sapient. vii, 11.





ÍNDICE

PARTE PRIMERA

MARÍA AMABLE

	<u>Págs.</u>
I.—María amable por su excelencia y dignidad.....	7
II.—María amable por su hermosura de cuerpo y alma.....	17
III.—María amable por su bondad y pureza.....	25
IV.—María amable por su humildad.	33
V.—Mater amabilis.....	40

PARTE SEGUNDA

MARÍA AMANTE

I.—María amante en su Purificación	45
II.—María amante en la pérdida del Niño Jesús.....	50
III.—María amante en la vida pública de Jesús.....	53
IV.—María amante en el Calvario...	60
V.—María amante después de la Ascensión del Señor.....	68

PARTE TERCERA

MARÍA AMADA

I.—María amada de Dios.—Las tres coronas.....	75
II.—María amada de la Iglesia triunfante.....	89
III.—María amada de la Iglesia paciente.....	95
IV.—María amada de la Iglesia militante.—Los enemigos de la Virgen.....	99
V.—Cuál debe ser nuestro amor á María.....	109

A. M. D. G.



